

# Capítulo 9

## Conclusiones y perspectivas

Desde el siglo XIX persisten en Colombia sectores de las élites tradicionales que siempre se han opuesto a los procesos de modernización del Estado y de la sociedad. Hasta 1930 Colombia era realmente una República Señorial que excluía a la mayor parte de la población de la participación en los asuntos del Estado. A partir de 1936 se permite el voto libre, sin restricciones, para los hombres mayores de 21 y desde 1957 se permite la participación de las mujeres en las elecciones. Buena parte de los intentos modernizadores de la “Revolucion en marcha” de Alfonso López Pumarejo, fueron echados atrás con el regreso de los conservadores al poder, a partir de 1946 y la violencia liberal-conservadora desatada a partir de este Gobierno tuvo como trasfondo la intención de regresar el país a los años más oscuros de esa República Señorial. La Iglesia Católica regresa a las entrañas del poder, los niveles de desigualdad social aumentan, se mantiene la exclusión de las nuevas expresiones políticas y sociales, se bloquea todo intento de reforma agraria y, por el contrario, el despojo de las tierras de los campesinos medios y pobres por parte de los latifundistas sigue siendo la constante hasta hoy. El Estado sigue siendo incapaz de ofrecer justicia pronta y cumplida.

De otro lado, en los dos períodos de violencia generalizada ya mencionados, las élites recurren al terror y a la atrocidad como arma principal para contener las demandas sociales y bloquear todo intento de formación de una ciudadanía activa y participante. Esta estrategia ha sido ejecutada, en forma sistemática por agentes del Estado pero, especialmente, por grupos para institucionales, buena parte de los cuales, han sido financiados, en los últimos 36 años, por el narcotráfico.

Pero el uso del terror no ha sido la única arma para mantener a los pobres en la pasividad y en la indiferencia. La estrategia se ha complementado con otros recursos como la negación del acceso a una educación pública y gratuita a todos los niveles, y de alta calidad. Una población sometida a niveles importantes de ignorancia, es una población fácilmente manipulable a través de los medios de comunicación o también de las iglesias.

La otra cara de la moneda está formada por los grupos insurgentes, surgidos en los años 60, (Farc-EP y ELN), que nacieron como una forma de respuesta al ejercicio hegemónico del poder de las élites tradicionales, pero que no escaparon a la degradación del conflicto armado, experimentada en las últimas décadas. Aunque en menor escala, también perpetraron masacres, secuestros y atentados con bombas en las ciudades. Pero lo más grave de su accionar, es que justificaron el uso del terror ejercido por las élites y frenaron los procesos reivindicatorios de amplios sectores populares propiciando la penalización de los conflictos sociales y contribuyendo a perpetuar la desigualdad y la injusticia.

Habiendo fracasado todos los intentos de negociar la paz con las Farc-EP, realizados hasta el período analizado, y al no haber podido derrotarlas militarmente, el gobierno de Álvaro Uribe Vélez busca por todos los medios aumentar su desprestigio en las ciudades y por esta vía derrotarlas políticamente. Para esto aprovechó los errores y los numerosos atropellos cometidos contra la población civil, por esta guerrilla, para avanzar en el proceso de desprestigio frente a numerosos sectores de la población. Pero esta tarea no era posible realizarla con una población civil, aislada, indiferente y desmovilizada. Era necesario dejar en evidencia que las Farc ya no eran el “Ejército del Pueblo”. Y para eso, había que procurar que ese mismo “pueblo” se movilizara en su contra, a pesar del aumento de las desigualdades, a pesar de la injusticia social y de los recortes a las garantías laborales, a pesar de las reiteradas violaciones a los derechos humanos y a pesar de la corrupción galopante. Esta tarea de movilización, a ultranza de de todos los males evidentes, la cumplieron en forma magistral los medios de comunicación, especialmente los canales privados de televisión.

El papel de los canales de televisión, RCN y Caracol durante

los años 2007 y 2008 en el cubrimiento de hechos propios del conflicto armado con las Farc-EP, puede resumirse diciendo que construyeron dos agendas mediáticas que no encontraron coincidencias de causalidad y muy pocas relaciones entre ellas. De un lado, la agenda que respondió al combate contra las Farc-EP, en el terreno militar y en el político. En esta agenda se incluyeron los golpes exitosos asestados contra esta organización armada, la denuncia de todas las acciones que materializaron la degradación del conflicto armado y la puesta en la picota pública de todos aquellos dirigentes políticos, líderes sociales nacionales y mandatarios extranjeros que propugnaban por el Acuerdo Humanitario y la negociación de la paz y que rechazaban la salida militar, presentándolos como aliados o como integrantes de esta agrupación.

Y del otro, la agenda de la *Parapolítica* en la cual se dio visibilidad a todos los dirigentes políticos comprometidos o en alianza criminal con los intereses de los paramilitares o directamente en acciones delictivas como el asesinato o las masacres. Pero las dos agendas, que podrían verse como la representación de los dos extremos en contienda, la de extrema izquierda y la de extrema derecha, sólo aparecieron relacionadas en cuanto a la justificación o razón de ser de la lucha armada de los paramilitares presentada como una forma de combatir a la guerrilla, pero nunca se incluyó en la agenda de la guerrilla la más mínima reflexión o mención sobre las causas que han alimentado su lucha, muchas de las cuales, como ya se dijo, están referidas, precisamente, a las injusticias y a los crímenes protagonizados por quienes aparecen en el otro extremo de la balanza, además de los agentes del Estado, los actores oportunistas: hacendados, ganaderos, políticos y en general, los miembros de las élites representados en los *parapolíticos*.

Los medios lograron de manera exitosa convertir hechos del conflicto armado en imágenes movilizadoras que fueron construyendo una realidad que el 4 de febrero se tradujo en consignas como: *un millón de voces contra las Farc* y *No más Farc*, entre otras, ya mencionadas. Con estas consignas programadas en la emocionalidad, millones de colombianos, salieron a las calles, otorgándole legitimidad a la Política de Seguridad Democrática y evidenciando la derrota política de las

Farc-EP que, especialmente desde el 4 de febrero, enfrentaron muchas dificultades para tratar de mostrarse como supuestos representantes del pueblo, pues buena parte de ese *pueblo* salió a las calles a manifestarse en su contra. Buena parte de esa derrota política ha sido facilitada por los medios de comunicación.

Con los hechos ocurridos durante el año 2007 e inicios del 2008, los medios de comunicación desarrollaron una campaña para deslegitimar las acciones de las Farc-EP, relacionadas con el secuestro, la tortura, las masacres, la extorsión, el uso de niños en la guerra, la violación de derechos humanos y el engaño a los colombianos, todos estos fueron detonantes que permitieron a los medios construir un discurso para deteriorar la imagen del grupo insurgente y, en consecuencia, lograr el rechazo de los colombianos hacia ésta organización guerrillera.

La televisión aparece como el principal medio de transmisión de las imágenes que contribuyeron a movilizar a millones de personas a la acción y en este sentido se constituyeron en herramientas que confirman, una vez más, el poder de la televisión en el conflicto armado colombiano.

Las imágenes construidas por los medios, durante el periodo, con sus contenidos implícitos de miedo, de terror, de injusticia con las víctimas del secuestro y de rechazo a la violencia, fueron instituidas en el imaginario colectivo y en virtud de este fenómeno, en el corto plazo, movilizaron a millones de personas para que protestaran en las calles contra las Farc-EP y contra la violencia en general. Pero en la medida en la que estas imágenes fueron asociadas a personas, partidos, países, o procesos, tales como: Piedad Córdoba, Gustavo Petro, Hugo Chávez, Polo Democrático, Venezuela, Ecuador, Cuba, oposición política, críticas a las acciones del Gobierno o intercambio humanitario, contribuyeron en el mediano plazo a alinear políticamente a millones de personas en favor de continuar intentando la salida militar al conflicto armado interno, lo cual es un factor que contribuye a explicar el alto nivel de popularidad que ha gozado el expresidente Uribe, a pesar de todos los problemas generados o agravados en su gobierno, de aumento del desempleo, la corrupción y la violación de los derechos humanos que arrojaron como resultado sus dos administraciones. Nueve millones de colombianos votaron por la continuidad de un modelo de gobierno

cimentado en la lucha contrainsurgente, la intolerancia a la crítica y la construcción de una esperanza de paz cifrada en un modelo muy cercano al autoritarismo, al gobierno omnímodo que gobierna sin control y que rechaza toda posibilidad de acercamiento o negociación con la oposición armada.

Con cada liberación de secuestrados, los medios de comunicación transmitieron reiteradamente las pruebas de supervivencia de quienes quedaban en la selva; mensajes que contenían dolor, angustia y sufrimiento; estas imágenes lograron sensibilizar a los colombianos y repudiar la práctica del secuestro por parte de este grupo guerrillero. Esto no tuvo su correlato en la marcha del 6 de marzo de 2008, en la cual, al no estar dirigida claramente contra las Farc-EP, los medios de comunicación y el Gobierno crearon una gran cortina de humo para que el pueblo colombiano no marchara, pero, además, no hubo el mismo despliegue que mostrara la situación de las víctimas de los paramilitares y del Estado. Toda la atención de los medios estuvo centrada en la crisis diplomática que sufrió Colombia con los países vecinos por la muerte en combate de Raúl Reyes.

Todas las movilizaciones en contra de las Farc-EP fueron debilitando la imagen política de este grupo armado, incluso frente a su propia militancia. Pues, por un lado, a la presión mediática creciente se unió otro factor, la merma considerable, en algunas de sus estructuras, de la logística de guerra y el avituallamiento, -algunos guerrilleros comenzaron a sentir la escasez de alimentos por cercamiento del Ejército-, lo que presionó a muchos de ellos a acogerse a los supuestos beneficios que les brindaba el Estado si abandonaban la lucha armada, obligando a algunos jefes y guerrilleros rasos a entregarse.

El presente estudio ha posibilitado identificar en detalle todos los acontecimientos ocurridos durante los años 2007 y 2008, que permiten ver en acción muchos de los factores que evidenciaron que ese 'punto de inflexión', mencionado anteriormente, visualizado por algunos académicos desde el final de la zona de distensión, era una tendencia real y estaba en curso. Desde lo militar y lo político, estaban dadas las condiciones para que la comandancia de las Farc-EP pensara seriamente en abandonar la guerra en condiciones dignas, a través de una negociación seria que efectivamente pudiera conducir a una paz duradera y

estable entre esta guerrilla y el Estado y abriera las posibilidades para los primeros de proseguir su lucha en el terreno de la política y sin armas. Dos años después, en septiembre de 2010, Henry Acosta Patiño, principal mediador entre el recién elegido presidente, Juan Manuel Santos, y el Secretariado de las Farc-EP, entregaba la primera carta del Presidente al entonces comandante Alfonso Cano, expresándole su deseo de iniciar conversaciones de paz, (Acosta, H. 2016), que culminaron, seis años después, con la firma de un Acuerdo de Paz entre el Gobierno de Juan Manuel Santos y las Farc-EP, el 26 de septiembre de 2016 en Cartagena, en presencia de buena parte de la comunidad internacional encabezada por el Secretario de las Naciones Unidas, Ban Ki-Moon.

Finalmente, la hipótesis de las *imágenes movilizadoras*, surgida como hallazgo principal de este estudio, deberá ser conceptualizada y demostrada, incluso por otros estudios más cercanos al modelo cuantitativo, que permitan medir su posible impacto entre la multiplicidad de factores motivacionales que pueden impulsar en Colombia a grupos determinados de personas a salir a las calles a manifestarse en contra o a favor de algo. En este punto, una primera pregunta que debería tratar de responderse es, si el sector de las élites liderado, en su momento, por Álvaro Uribe Vélez, con la colaboración fundamental de los medios de comunicación, especialmente de los canales RCN y Caracol, lograron movilizar a grandes sectores de la opinión pública en contra de las Farc-EP, ¿Por qué la nueva coalición liderada por el presidente Juan Manuel Santos, no logró una movilización semejante a favor de la terminación definitiva del conflicto armado interno por la vía de la negociación política?

Y una segunda pregunta obligada es: ¿Será que las imágenes construidas por los medios durante el periodo, con sus contenidos implícitos de miedo, de terror, de rechazo a los atropellos cometidos contra las víctimas del secuestro y de rechazo en general a las guerrillas, fueron instituidas en el imaginario colectivo con tal fuerza, que pueden explicar los resultados en favor del “No”, en el plebiscito del 2 de octubre de 2016?